

Editorial

Las reflexiones en torno a América Latina, su misma definición (¿qué es lo latinoamericano?), su posible identidad (construida o como tarea pendiente), los problemas históricos comunes y su incidencia en el presente, etc., atraviesan desde hace algunos años el pensamiento de la región, y se ven sin dudas superabundadas –y esto es una suerte– por el espíritu del Bicentenario. El arte y la reflexión estética no escapan a esta atmósfera general, cuestión que se confirma en la gran cantidad de congresos y exposiciones que vienen nutriendo la agenda cultural y artística nacional.

Las artes latinoamericanas conforman, por el momento, un ámbito de contornos difusos, sobre todo si insistimos en pensarlo con los parámetros que rigen el mercado internacional del arte. El estrecho concepto de arte instaurado por la modernidad europea, cuyos principios clasificatorios y axiomas fundamentales no han albergado nunca las producciones estéticas de lo que ha dado en llamarse la periferia, reclama la apertura de su propio campo. El acercamiento a las artes de nuestro continente exige la recuperación de la voluntad de ver en ellas aquello que revele su carácter vital, su materialidad, su complejidad, sus tensiones y contradicciones. Se trata, si se quiere, de iniciar un proceso de pensamiento que se atreva a cuestionar un saber ya no legítimo, sino auto-legitimado y autoerigido en universal, que se expresa –y se impone– mediante categorías, nociones, jerarquías, clasificaciones y formas de validez general.

La historia del arte y la estética latinoamericanas tendrán que responder a las múltiples preguntas que suscitan nuestras producciones artísticas, cuyas respuestas demandarán la revisión del estatuto mismo de sus métodos y de

su pretendido carácter científico. Todas las áreas del saber establecen, según las épocas y las localizaciones, su propia clausura disciplinaria. Hoy en América Latina necesitamos dotar de una cierta porosidad a esas fronteras delimitadas por el discurso dominante.

Allí, a disposición, están las obras de nuestros contemporáneos, atravesadas por los múltiples tiempos de la historia, instalando nuevos interrogantes y, por ello, demandando nuevas estrategias de análisis. Estas, es probable, requerirán otras palabras. Sin ellas podrá haber arte, pero no pensamiento teórico. Podremos contar con descripciones, fundamentalmente técnicas, pero no con reflexión estética.

Un cambio radical de la actitud teórica frente al arte –al nuestro– permitirá resignificar el pensamiento estético de modo tal de dar cabida a la producción artística de este lado del mundo, especialmente a aquella que quedó –y aún queda– en los márgenes de la esfera del arte, sin traspasarlos.

Este nuevo número de la revista internacional de arte y diseño *La Puerta* intenta sumar un aporte a los esfuerzos que, desde los distintos países de la región, se encuentran realizando investigadores en el campo del arte, e inaugura una línea editorial a la que esperamos dar continuidad en las próximas entregas.

Por último, nuestro agradecimiento a la Dirección General de Cultura y Educación de la provincia de la Buenos Aires, a los colaboradores de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata, a los lectores y, fundamentalmente, a los autores, cuya desinteresada contribución ha hecho posible la presente publicación.

Maríel Ciafardo